

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 17

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## JULIA CUADROS

«NO HEMOS LOGRADO QUE LAS GENERACIONES JÓVENES  
SE METAN A LOS TEMAS, A PENSAR OTRO TIPO DE PAÍS,  
DE SOCIEDAD».

Mi familia estaba muy jalonada por los temas políticos. En la casa de mis abuelos eran apistas a morir, por un tema familiar, pero mi padre y un hermano menor eran los rebeldes: estaban con Belaunde. Siempre mi entorno fue de debate político, de muchas críticas y peleas. La idea de que el mundo no podía continuar así es una cosa gradual; no es de la noche a la mañana, ni es un fogonazo de iluminación. Creo que quienes influyen en mí, aparte de mi familia, son mis compañeros de la universidad.

Ingreso a la Universidad de Ingeniería en un momento de bastante movimiento. Había una movilización de postulantes que exigían aumentar el número de vacantes en la Universidad. El movimiento logró sacar al rector y a partir de eso me vinculo con el movimiento estudiantil. Si no hubiera habido esa vinculación, ni siquiera hubiera pensado que existía la posibilidad de cambiar el mundo, porque al vincularme al movimiento me acerco a los partidos políticos que existían en ese momento o, mejor dicho, los partidos se acercan a mí.

La idea de cambiar el mundo no estaba todavía muy configurada en mí, porque yo estaba en la lucha concreta de la ampliación de las vacantes para otros estudiantes. De muy joven me «captan», en 1974, para hacer extensión social, con motivo del IV Congreso de la Confederación Campesina del Perú (CCP), que se iba a reunir en Torreblanca, en Huaral. Me vinculo entonces con gente que me empieza a hablar de otras cosas; estamos hablando no solo del problema estudiantil sino del problema del país. Venía de un colegio católico, nunca en mi vida había pensado en esas cosas y se me abre un mundo nuevo, diferente. Entre el convencimiento de lo que me decían y mi propio razonamiento de que sí, efectivamente, las cosas no podían seguir como estaban... La conciencia de la posibilidad de que —más que cambiar el mundo— las cosas no podían continuar igual, nace a partir de ese acercamiento.

Al poco tiempo de ingresar a la universidad asumí cargos de dirección en el movimiento estudiantil y en el centro federado nos llegaba propaganda de los dos lados. Yo leía un montón. Entro al movimiento en un momento de grandes discusiones. Los debates eran que «Mariátegui dice, en la página tantos y la línea tal...». Para mí, el debate que existía en ese momento entre chinos y soviéticos no tenía sentido.

En ese momento, no tenía figuras ejemplares que me inspiraran. Lo que tenía más o menos claro era la figura del Che, que sí lo sentía muy cerca a la gente, muy cerca a mí. En ese momento mis referentes internacionales eran la revolución cubana y, de lejos, los padres del socialismo; pero viéndolos muy lejos. Cuando ya empiezo a militar de verdad, digamos, los referentes eran más nacionales.

Mi vida era muy pragmática: estudiar en la universidad, participar en los círculos de estudio y leer. Leí a Mariátegui, había leído a Marx, a Engels, pero Mao o Lenin se me hacían muy duros o muy pesados. Entendía mucho más a Mariátegui, entendía de qué cosa se trataba, porque estaba mucho más cercano a mi realidad. A pesar de que después —no en ese momento— sentí que todavía él estaba en una élite. Hablaba del movimiento indígena, de los obreros, de los campesinos, pero lo hacía desde fuera. Pero leer a Mariátegui fue una revelación. También leí a Arguedas. Fue conocer un mundo al que no había tenido acceso antes.

Milité en Vanguardia Revolucionaria primero, luego en Trinchera Roja, regresé a Vanguardia y de ahí pasé a la UDP; años después fue el PUM. El referente nacional era Edmundo Murrugarra, primero; a Javier Diez Canseco lo conocí recién en la época de la UDP, después de 1980. Javier tenía un discurso que me llega mucho, a diferencia del de otros que eran muy generales, poco aterrizados.

Con el rompimiento de Vanguardia y el paso a Trinchera Roja, conocí a Agustín Haya, que luego fue al APRA, a Sinesio López, al actual ministro Jorge Nieto. Me alimentaba de sus discusiones, debates y reflexiones. En el debate y la crítica que había, sentí a Trinchera más moderno, con ideas más innovadoras, más creativas, que no se habían quedado anquilosadas en el discurso tradicional de la izquierda.

Soy una mujer que había vivido en el área urbana, salvo con la CCP, que una vez que me llevaron a Satipo, nunca había ido al mundo rural. Además de los estudiantes, mi relación había sido con obreros textiles y obreros del sector metalúrgico, porque nosotros apoyábamos a esos sectores desde la UNI. Al principio, mis tareas eran de propaganda. Nosotros íbamos de la Universidad a la Carretera Central o a la Panamericana Norte, a repartir volantes, a conversar con gente, teníamos reuniones. Pero empecé a ser jalada por el tema campesino, con más fuerza después del paro nacional de 1977. Pasé a tareas de apoyo logístico.

En 1980 empecé a trabajar en el Congreso, con Agustín Haya, cuando salió elegido diputado. Mi tarea era encargarme de la correspondencia con los frentes regionales.

Teníamos una serie de mecanismos para evitar que fuera interceptada la correspondencia y mandar las reflexiones, las directivas. Teníamos una lógica muy clandestina de ese trabajo, porque había represión y todo el mundo estaba en riesgo. Recuerdo haberme sentido pésima porque debí haber enviado las cartas a un lugar y me equivoqué, las mandé a otra provincia, y esos compañeros nunca recibieron las indicaciones que se les estaba enviando; fue una de las zonas más golpeadas por Sendero.

«TODO LO QUE HABÍA SIDO EL DISCURSO  
TEÓRICO Y EL DEBATE SOBRE CÓMO  
CAMBIAR EL MUNDO, SOBRE LA TOMA  
DEL PODER, TODO ESO FUE REMECIDO  
CUANDO SENDERO LUMINOSO LLEVÓ  
A LA PRÁCTICA LO QUE VARIOS GRUPOS  
HABÍAN DICHO QUE IBAN A HACER».

---

---

El partido se propuso, en algún momento, el tema de la lucha armada; el gran debate era si el poder tiene que tomarse por la fuerza o hay otros caminos, democráticos, para hacerse del gobierno, primero, y luego del poder, porque es un proceso.

Con la guerra interna, todo lo que había sido el discurso teórico y el debate sobre cómo cambiar el mundo, sobre la toma del poder, sobre la diferencia entre tomar el poder y ser gobierno, todo eso fue remecido cuando Sendero Luminoso llevó a la práctica lo que varios grupos habían dicho que iban a hacer y Sendero fue el único que lo puso en práctica. Supongo que Sendero hubiera tenido más éxito todavía si no hubiera sido el tipo de partido que fue: autoritario, en el que el fin justificaba los medios. He conocido a compañeros de mi partido que Sendero mató. El tema ya no era la lucha armada sí o no; lo que nos decanta es el terror que ellos imponen para conseguir sus fines. Creo que eso tiene que ver con el tipo de liderazgo, de caudillismo que tenía Abimael Guzmán y la locura de creerse la Quinta Espada. Sin embargo, lograron tener al país en una situación de zozobra e incertidumbre durante tantísimos años.

A mí me abrumó el tema de la represión del Estado contra tirios y troyanos. Era «no importa si eres campesino, es probable que seas senderista, entonces igual te mato». La guerra sucia, en el despacho nuestro, donde estaba con Javier y Cucho, fue una cosa realmente abrumadora. Llegaba todos los días cantidad de gente, pidiendo por sus desaparecidos. Se trabajó mucho la incidencia política sobre las autoridades del gobierno belaundista.

Fueron épocas bien duras. Hacíamos un montón de trabajo, un montón de esfuerzo. Javier tenía un grupo de congresistas jóvenes, que eran de varias bancadas, de Acción Popular, del APRA y de otros partidos chicos más, que presionaban para que el gobierno tomara medidas y Belaunde decía que esto era parte de una conspiración internacional. Luego vino la masacre de los penales.

Decidí que ya no podía y dije: «Voy a dar lo que pueda desde otro espacio». Estaba militando; en ese momento el secretario general era Óscar Ugarte y le dije: «No aguanto, me han ofrecido trabajo en el Comité de Derechos Humanos de Puno, me voy». Me fui a Puno, a pesar de que en Puno la cosa se puso dura después. Pero irme fue salir de esa presión tan fuerte, emocional, psicológica, estresante, de estar en un sitio donde todo era una desgracia permanente.

Me quedé en Puno tres años. Sendero utilizaba a Puno como lugar de paso, de descanso. Recuerdo que en el último año que estuve viajábamos a Ayaviri y en la carretera tuvimos que pararnos porque una columna de Sendero bajaba de un cerro, cruzaba la carretera y subía al otro cerro. De lejos, veíamos que estaban armados, con pasamontañas. Me regresé de Puno a Lima en agosto de 1986 y, un par de meses después, Sendero tomó el Instituto de Estudios Rurales de Ayaviri, lo quemó, lo destruyó y mató a un montón de compañeros que eran dirigentes de la Confederación de Campesinos de Puno.

Me retiré de Puno porque me peleé con mi jefe. Estábamos en el proceso del congreso de constitución del PUM, yo estaba en la comisión organizadora de Puno y mi jefe en el Comité de Derechos Humanos era de un partido que no era el mío. Él pensó que, como yo era su asistente, tenía que ser su incondicional. Le dije que así no eran las cosas, cuando hubo una pelea sobre los delegados que venían al congreso. Ni siquiera pude participar en el congreso. Decidí que hasta ahí no más llegaba y me retiré de Puno. Postulé a un puesto en Lima y me vine con mi militancia.

En 1990, con Fujimori, empezaban los cambios estructurales para imponer el modelo neoliberal y el tema de la privatización de las empresas públicas estaba en debate. Mientras otra gente y yo peleábamos porque el movimiento obrero tuviera salidas creativas para el problema de la privatización de las empresas públicas, había un sector en el partido, del Parque Jurásico, que se oponía a la privatización, pero no daban ninguna alternativa. Eso llevó al movimiento al desbarrancadero.

«LLEGÓ UN MOMENTO EN EL QUE  
ME AGOTÉ. YO SIGO CREYENDO  
EN LO QUE CREO, PERO NO TENGO YA  
LA FUERZA PARA MILITAR».

---

---

Todas esas experiencias fueron aportando a que cambiara mi forma de militar, que ya no me peleara como me peleaba antes, que viera que no tenía sentido. Mi militancia pasó de ser una militancia belicosa, peleando, tratando de hacer cosas, a una cosa un poco más reflexiva, pasiva, a estar en estas reuniones, con alguna gente, discutiendo cómo recuperar nuestra relación con el movimiento social y no encontrarlo. Además, perdimos tanto ideológicamente. Todo esto estuvo acompañado de la derrota ideológica del socialismo, producto de este mal llamado socialismo en Europa del Este. Todos lo vivimos. Si a eso le agregábamos nuestros propios errores, estábamos condenados.

Fui dirigente nacional del partido y me eligieron como miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PUM. Hasta que llegó un momento en el que me agoté. Yo sigo creyendo en lo que creo, pero no tengo ya la fuerza para militar. Estar peleando siempre por lo mismo con gente que parecía del Parque Jurásico, que no tenía la voluntad política de hacer las cosas diferentes. Me agoté. Después de eso continué participando, pero ya no en cargos de dirección. Seguí brindando mi apoyo al partido, pero ya no con una militancia activa.

Cuando ya mi militancia no era tan estricta ni tan permanente o persistente, a mí me acusaron de terrorismo por estar en un conflicto de resistencia minera en Piura. Estuvimos dos años tras la investigación fiscal, para que finalmente sobreseyeran y dieran por desestimada la denuncia. Había sido solo una denuncia burda. Éramos 33 —yo, la única mujer— y estuvimos en zozobra e incertidumbre porque en cualquier momento, si querían fastidiar, te podían sembrar pruebas o lo que fuere. Fueron dos años en los que tuvimos que tener mucho cuidado, tuve que tomar medidas en la casa, sentar a todos a la mesa y decirles: «Nadie que no sea un adulto abre la puerta, a mí no me va a llegar ninguna correspondencia ni ningún paquete ni nada a esta casa; todo lo voy a recibir en la oficina. Si alguien quiere dejar algo, le dicen que ya no vivo acá, no importa». Porque te podían sembrar pruebas. La denuncia la había hecho gente campesina, promovida por una empresa minera. Cuando el fiscal les preguntó: «¿Ustedes de dónde reciben los fondos?», dijeron: «La empresa nos ha dado, la congresista Cuculiza nos ha dado». La desestimación cayó por su propio peso.

Después del PUM, que tuvo una ruptura fuerte con alguna gente, logran juntarse con otros, que venían de otros sectores, y se forma el Partido Democrático Descendralista (PDD) que era bastante más abierto, en términos de procedencia partidaria e ideológica. Luego de eso, el PDD tiene un proceso de definiciones ideológicas y políticas y se constituye en el Partido Socialista. Mi última militancia fue en el Partido Socialista. Hará unos cinco años que empecé a dejar de ir y ya está. No me he reinscrito en el partido, no he firmado el padrón. Ahora ya no milito, ya no pertenezco a ningún organismo. Hace cinco años, o un poco más, que ya no tengo un espacio orgánico.

Hago un acompañamiento desde afuera, pero no tengo responsabilidades, no tengo un espacio donde trabajar colectivamente.

El otro día estaba en una exposición y es algo recurrente: miras al auditorio y ves cabecitas blancas. No hemos logrado terminar de salir. No hemos logrado que las generaciones jóvenes se metan a los temas, a pensar otro tipo de país, de sociedad. Siguen siendo los remanentes de antes y, francamente, eso no me satisface, no me convence.

Siento que sigo aportando desde donde estoy, que los cambios tienen que darse en todos los niveles y siento que, desde el trabajo que hago en mi institución —que no es una institución partidaria, sino de sociedad civil— estoy aportando al fortalecimiento de las organizaciones. Ahora estamos metidos en conflictos de carácter socioambiental, conflictos mineros, donde efectivamente hay muertos y heridos. Eso forma parte de mi trabajo; no me voy a tirar atrás por eso y forma parte de mi compromiso de querer cambiar las cosas.

Estoy sentada en la mesa de diálogo con la empresa, con el gobierno y la sociedad civil, en Las Bambas, Apurímac. Pienso que haciendo esas cosas estoy contribuyendo, estoy promoviendo desde abajo —contra la corriente— alternativas al extractivismo, para que en aquellas zonas donde la influencia minera es muy grande, la gente construya desde ahora o fortalezca o recupere sus modelos, sus formas o modos de vida. Más o menos en esa lógica, estoy apuntado a eso, a un cambio, a otro tipo de sociedad.

«SI LA MAYORÍA DE LA GENTE  
NO CAMBIA SU FORMA  
DE PENSAR, NO SE LO VAS  
A IMPONER A BALAZOS».

---

No creo que vaya a haber revolución armada. Hablas de la revolución en términos de cambios, que seguramente van a tener momentos de enfrentamiento armado. Sí, los cambios tienen que producirse en todas las esferas del hombre. Cuando hablamos de revolución, estamos hablando de cambios profundos, que pueden darse por la vía armada o por otras vías. Los cambios profundos, que son revolucionarios, van a producirse con una serie de aportes, de diferente tipo, incluido el tema del enfrentamiento armado; seguro que sí. Pero si la mayoría de la gente no cambia su forma de pensar, no se lo vas a imponer a balazos.

Creo que ahí el sistema nos ganó. En el Perú la gente cree que la minería es la solución a todos los problemas, que con eso vamos a resolver la pobreza, a resolver todo.

La gente lo tiene metido en la cabeza porque han sido años de bombardeo ideológico que han dicho eso y la gente realmente lo cree. Hay que hacer cambios en todos los niveles; hay que hacer cambios en las políticas. Pero, sobre todo, hay que hacer cambios en la forma en que la gente está pensando. Para eso tienes que moverte de diferente manera, tienes que ser mucho más creativo, tienes que innovar y los cambios se van a producir. Y, seguramente, en algún momento va a haber la necesidad de que haya enfrentamiento armado, pero ese no es el principal instrumento.

No solo en Vanguardia, en el PUM también nos preparaban militarmente. Pero el tema es que esa, como única vía, fracasó. Pero, antes, postulábamos que era la única manera. Eso ya no funciona. Ahora nos reímos de eso, porque cuando conversábamos entre nuestras amistades de grupo pequeño, mi mamá se ofrecía a cuidarnos a todos los hijos cuando nosotros nos fuéramos a la guerra. A ese nivel habíamos llegado, de compromiso y de haber incluido a nuestra familia en eso. Después, los cambios han sido paulatinos, no han sido drásticos.

Ha habido gente que se fue para el lado... que hizo alianzas con la gente que detenta el poder, con los poderes fácticos. He visto todo tipo de gente, incluso que tenía esa capacidad de análisis que tenemos los que hemos militado en la izquierda y tenemos una formación para leer los escenarios, conocía al dedillo cómo era el comportamiento del movimiento social y lo utiliza ahora para favorecer a las empresas. Hemos tenido de todo. Pero también hay gente que se fue saliendo, como yo, pero que seguimos estando en los alrededores y que, supongo yo, cuando se requiera vamos a actuar, en algún momento, de alguna manera, pero no estamos militando activamente.

Me siento bien. No siento que haya perdido mi tiempo. Siento que era el contexto en el que tenía que darse y que yo cumplí el rol que tenía que cumplir. No me arrepiento, ni pienso que pude haber usado mi tiempo en otra cosa. No. Me reafirmo en mi proyecto de vida que busca cambiar las cosas en beneficio de los que menos tienen, de los desposeídos, marginados, discriminados.